

**“EL PADRE NO PODA,  
¡LIBERA A LAS PERSONAS DE SUS ATADURAS!”**

**Aula Magna de la Facultad Teológica Valdense**

**Roma, 16 octubre 2009**

**Texto comentado: Juan 15, 1-15**

Introducción:

Buenas tardes a todos y bienvenidos a este encuentro del programa Nueva Propuesta. Para quien no nos conozca, Nueva Propuesta constituye un grupo cristiano de mujeres y hombres homosexuales, que desde hace ya unos veinte años nos venimos reuniendo en Roma con el fin de ayudarnos recíprocamente y compartir todos nuestros esfuerzos de conjugar fe y homosexualidad.

A lo largo de este recorrido, para muchos de nosotros el encuentro con Alberto Maggi ha supuesto un regalo precioso del cielo. Él nos ha presentado una visión de la Palabra de Dios muy iluminadora y esto nos ha estimulado a seguir adelante. La conferencia de hoy se enmarca en la línea de nuestra programación para el año 2009-2010, que gira en torno al tema de la fecundidad. Alberto desarrollará una reflexión acerca del capítulo 15 del evangelio de Juan, la famosa perícopa de la vid y los sarmientos. Este texto bíblico nos guiará a lo largo de todo el año y sobre esta base iremos abordando el tema de la fecundidad en todos sus aspectos. Para quien esté interesado, puede contactar con nosotros en Internet, en la dirección [www.nuovapropostaroma.it](http://www.nuovapropostaroma.it) o bien en Facebook, Nuova Proposta, como página y también como grupo. Dejo la palabra a Alberto.

Buenas tardes, doy las gracias a los amigos de Nueva Propuesta por esta ocasión que me brindan, en la que pondremos en común nuestras reflexiones en torno a uno de los pasajes más hermosos del evangelio de Juan. Hoy veremos solo la primera parte del capítulo 15, y puedo aseguraros que si conseguimos acogerlo y comprenderlo bien, comprobaremos cómo este texto produce un cambio profundo en nuestra relación con Dios, y, en consecuencia, en nuestra relación con los demás.

Juan es el único evangelista que no reporta en su obra la narración de la última cena como hacen Mateo, Marcos y Lucas, es decir, con las palabras y acciones de Jesús referidas al pan y al vino. Pero es, en realidad, el evangelista que en mayor medida explora la riqueza del significado de la última cena. Prácticamente todo el evangelio de Juan está escrito en clave eucarística, es decir, se trata de una explicación y comprensión de este momento esencial en la vida de Cristo y en la vida del creyente. En el capítulo 15, que es el discurso inmediatamente posterior al momento de la última cena, – según Juan, la última cena comienza en el capítulo 13 con el famoso lavatorio de los pies cuyo significado veremos más adelante – el evangelista habla de los efectos de la eucaristía y de esta comunión con Dios. Veamos ahora este pasaje versículo a versículo.

En el versículo 1, Jesús comienza reivindicando para sí la plenitud de la condición divina. El caso es que Jesús tiene un problema con sus discípulos: ellos han aceptado que su maestro es un profeta, un enviado de Dios sin duda alguna, creen que es el Mesías; pero de ahí a aceptar que en Jesús esté la plenitud de la divinidad hay un largo trecho. Esto no, esto es demasiado difícil de entender para ellos. En el capítulo precedente, el capítulo 14, Felipe llega a decir: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”. Y Jesús le responde: “Pero Felipe, ¿no has entendido que quien me ve a mí ve al Padre?” Aquí el evangelista retoma cuanto ha escrito al inicio de su Evangelio, hacia el final del Prólogo, con una afirmación contundente: “A Dios nadie lo ha visto nunca, solo el Hijo unigénito lo ha revelado”. De este modo, el autor quiere invitar al lector a centrar su atención en lo que desde ahora leerá acerca de Jesús, porque solo Él es la imagen verdadera de Dios. A partir de aquí, todas aquellas cosas de Jesús que coincidan con el conocimiento de Dios que tengamos, las podemos conservar, pero todo aquello que pensamos sobre Dios que se aleje o esté en desacuerdo con Jesús, es mejor dejarlo a un lado, porque no es de Dios. E iremos viendo cómo son muchas las ideas y conceptos que convendrá abandonar.

Así pues, la comunidad de Jesús aun no ha llegado a asimilar la identidad de Jesús. Puesto que la religión ha establecido un abismo entre Dios y los hombres, distanciando de hecho a Dios de los hombres, resulta para ellos incomprensible que en un hombre se halle la plenitud de la divinidad. De ahí que Jesús no pierda la ocasión de

reivindicarla para sí, afirmando “yo soy”. “Yo soy” no es solamente una afirmación de existencia, es el mismo nombre divino. Todos conocéis el episodio de Moisés, cuando se encuentra frente a la zarza ardiendo desde donde una voz le habla, y pregunta “¿quién eres?”. Y esta divinidad no responde con un nombre, porque el nombre indica la identidad, sino con una actividad que permite reconocerlo, “Yo soy”.

A partir de ese momento, desde el Libro del Éxodo, “Yo soy” ha pasado a significar el nombre de Dios. Así pues, Jesús se presenta en la plenitud de la condición divina. “Yo soy la vid verdadera”. ¿Por qué dice Jesús de sí mismo que es la vid verdadera? Si él es la vid verdadera, quiere decir que hay otra que es falsa. El evangelista prosigue aquí con las sustituciones que lleva a cabo Jesús en su Evangelio. Previamente el Señor ha declarado ser el verdadero pan que baja del cielo, es decir, no el maná que comieron los israelitas en el desierto. Y también se ha declarado la luz verdadera que ilumina el mundo.

Ahora se declara “la vid verdadera”. La vid era la planta que representaba simbólicamente el pueblo de Israel. Pues bien, para Jesús, va a ser proclamada una nueva alianza: si la antigua alianza estaba reservada a un pueblo, el pueblo de Israel, la nueva alianza de Jesús tiene un alcance universal, su horizonte se extiende y abarca toda la humanidad. Por consiguiente, pertenecer al pueblo de Dios no depende de una raza o de una religión, sino de la adhesión a Jesús.

Entonces Jesús dice “Yo soy la vid verdadera”, o sea, el pueblo verdadero de Dios, “y mi Padre es el viñador”. Jesús, pues, establece claramente los roles específicos: él es la vid y el Padre es el viñador. A continuación, declara: “Todo sarmiento que en mí no produce fruto, lo corta”. Naturalmente esta imagen de la vid y de los sarmientos quiere significar la relación que Jesús mantiene con los suyos. Entonces dice Jesús “todo sarmiento”, o sea, todo discípulo, y subraya “que en mí”. ¿Qué significa este “que en mí”? Se trata de una persona componente de esta comunidad que participa en la eucaristía, que se alimenta del pan de vida pero que después no se hace a su vez alimento para los demás, no produce fruto, esta persona resulta afectada por la acción purificadora del Padre.

Según Jesús, y como recalcan los evangelistas, la vida del individuo tiene dos aspectos y por eso son dos los términos que emplean los autores de los evangelios para significarlos. Uno es el término “*bios*”, del que procede nuestra palabra “biología”, que indica la vida física, una vida que tiene un comienzo, un desarrollo pleno y después comienza su declive hacia la destrucción total; pero existe otra vida que los evangelistas indican con el término “*zoe*” que, por el contrario, es la vida verdadera, la que continúa para siempre. También ésta cuenta con un inicio, pero cuando la otra empieza a declinar ésta sigue viviendo para siempre. Pues bien, ¿qué es lo que une y distingue estas dos vidas? La vida biológica, para crecer, necesita ser nutrida; la vida interior, aquella que dura para siempre y que los evangelistas denominan “vida eterna”, a fin de crecer ha de alimentar a los otros.

Así pues, en la vida del individuo, en la vida del creyente, son necesarios estos dos aspectos, que han de guardar equilibrio entre sí: ser nutridos para después nutrir a los demás. Existe el riesgo de que en la comunidad – recordemos que Jesús está hablando precisamente a la comunidad de los creyentes – haya individuos tan replegados sobre sí mismos, personas que únicamente tengan en cuenta sus propias necesidades, que se nutran de los otros, que se alimenten de esa linfa vital que fluye a través de Jesús y pasa por la comunidad, pero que no están dispuestos a convertirse en pan para los demás. Probablemente se trata de personas pías, muy religiosas y preocupadas por su propia santidad, por la propia perfección espiritual, y que están tan ocupadas en las cosas del Señor que después no tienen tiempo de ocuparse de los demás.

La sentencia de Jesús resulta aquí dramática: sin medios términos quita de en medio, elimina a todos aquellos sarmientos que se alimentan de la linfa vital pero no la traducen en amor a los demás, porque son parásitos, sarmientos inútiles. Atención, sin embargo, porque es el Padre quien realiza esta acción. No le compete a los otros sarmientos, o sea, a los discípulos, ni tan siquiera es competencia de Jesús. Jesús es aquél que comunica esta linfa vital sin condición alguna. El Padre sabe si esta linfa vital se convierte en amor y en vida para los demás.

“Y todo sarmiento que produce fruto lo purifica para que produzca más fruto”. El evangelista hace aquí un juego de palabras en griego, que en otras lenguas no se

comprende en todo su alcance. Se habla de purificar y de cortar. En el pasado una traducción inexacta y una interpretación errónea llevaron a traducir este verbo con la idea de “podar” propia de la vid: “el Padre lo poda”. Y a partir de aquí se mistificó de forma incomprensible toda la acción de Jesús, interpretando determinadas circunstancias de la vida como “podaduras” de Dios. Nada de eso. El evangelista no está hablando de podar, sino de “purificar”. En consecuencia, la única preocupación del discípulo de Jesús ha de ser recibir la linfa vital, o sea, el amor del Señor y traducirlo en un amor semejante, en fuente de vida para los demás. Las impurezas propias del sarmiento, o sea, los defectos, los elementos negativos, las tendencias que pensamos nos pueden impedir producir fruto, no somos nosotros quienes debemos eliminarlas, ni tampoco corresponde a los demás. De ello se ocupa el Padre, porque el agricultor es quien más interés tiene que se produzcan frutos.

Así pues, es el Padre quien identifica en los sarmientos las posibles impurezas o suciedades, y es él, haciendo uso de la delicadeza que solo el Padre sabe usar, quien elimina de forma progresiva, creciente y continua todo aquello que puede impedirle al sarmiento producir fruto, para que de ese modo la misma planta pueda aumentar sus propios frutos. Hay que tener en cuenta que esto significa un cambio radical en nuestra existencia y en la relación con Dios. Nos habían enseñado que es necesario examinar la propia conciencia para identificar nuestros defectos y culpas, los elementos negativos de nuestra vida y esforzarnos para erradicar esos defectos, sofocar determinadas tendencias, hacer desaparecer lo que consideramos nocivo. Pero quien ha hecho la experiencia sabe bien que todos los esfuerzos que se hacen por eliminar los defectos resultan fallidos porque, por el contrario, los defectos y las tendencias negativas se hacen más fuertes. ¿Por qué? Porque actuando de ese modo la persona se centra alrededor de ella misma, y no hay nada más destructivo que replegarse en torno a sí, en torno a la propia idea de perfección espiritual, en torno a la propia virtud. Esto es siempre nefasto por buenas que sean las intenciones que nos muevan. Es menester orientarse hacia los demás y centrarse en ellos.

Entonces, esto da a la persona tranquilidad plena. Ciertamente existen en mí aspectos negativos, limitaciones, defectos, tendencias probablemente nocivas, pero no soy yo quien debo ocuparme de ellas ya que desde el momento que me preocupé de esto me distraigo de aquella que es mi única tarea: ocuparme de los demás. Si miro dentro de

mí no puedo ver a los otros, por lo que dilapido energías que podría usar a favor de los demás. Y, además, si me dedico a identificar un elemento supuestamente negativo y empleo todas mis fuerzas para eliminarlo, corro el riesgo de provocar una herida que afecte a todo el tejido, que ponga en crisis el eje que sostenía mi existencia, desequilibrándola de forma definitiva.

En la Primera carta de Juan encontramos una expresión muy hermosa en la que se nos dice “aunque tu corazón (o “tu mente” – el corazón en la cultura hebrea no es la sede de los afectos, como sucede en nuestra tradición cultural: el corazón es la mente, la conciencia –) “te reproche algo, tú permanece sereno, en la paz, porque Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todas las cosas”. Hay aspectos que la moral actual y la religión consideran nocivos, pecaminosos y así nos lo hacen creer, pero ¿estamos seguros de que sea así también a los ojos del Señor? A veces el ojo del Señor y la moral no coinciden. Y nosotros sabemos que la moral ha ido evolucionando, y hay cosas consideradas nocivas hace cincuenta años que hoy son perfectamente normales. Entonces no es necesario desperdiciar energías en esto; la única tarea será vivir para el bien de los demás.

Esta visión de las cosas supone el final de la idea diabólica de perfección espiritual. No hay nada más devastador, más satánico para una persona que la idea de perfección espiritual. Esta idea implica, en definitiva, que la persona no se acepta a sí misma como es, cada uno imagina ser otro ser humano diferente. La persona se crea un pedestal donde encumbra al propio “yo” y todos sus esfuerzos y energías son utilizados para llegar a dicho pedestal. Pero después la realidad de flaqueza del ser humano te hace ver que estás bien lejos de ese ambicioso proyecto de perfección espiritual. Y esto provoca una rabia incontenible hacia los demás. Si en una relación sana con el Señor el pecado, el error, la culpa, son asumidos de manera serena, cuando uno coloca su propia imagen en lo alto de un pedestal, no acepta la caída y juzga con fiereza tanto a sí mismo como a los demás: se descubren en el otro los defectos que no aceptamos en nosotros mismos y se arremete contra él. Jesús, por el contrario, invita a la donación desinteresada de sí mismo, al don de sí total e inmediato, tan grande como el propio corazón.

De este modo, Jesús confiere a la persona una gran serenidad, porque sabe bien que no debe preocuparse de nada excepto de comunicar la vida a los demás. Pero añade Jesús: “vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he anunciado”. Este mensaje que ha anunciado no es una doctrina, sino un gesto. ¿De qué gesto se trata? Bien, en todas las religiones la dignidad del ser humano se encuadra dentro de la esfera de la pureza y solamente las personas que son puras se pueden acercar a la divinidad. Esto excluye, en la práctica, a gran parte de la humanidad que, por diversas situaciones, se encuentra en una situación perenne de impureza. En cualquier caso, todos los que desean acercarse han de atravesar ritos varios de purificación. Pues bien, con Jesús todo esto cambia. Él enseña sin tapujos que no es preciso ser puros para acoger al Señor, sino que es la acogida del Señor lo que hace puros a los seres humanos. Es un cambio de enfoque radical: ya nadie queda excluido de la relación con Dios. Cualquier persona que acoge a Jesús queda purificada.

En el capítulo 13 del evangelio de Juan se nos dice que Jesús durante la cena – estamos en la última cena, la cena eucarística – se levantó de la mesa para lavar los pies de los discípulos. Los pies eran la parte más sucia del cuerpo porque la gente caminaba descalza. Eran, pues, la quintaesencia de la impureza. Pues bien, Jesús no pide a sus discípulos que se laven los pies antes de participar en la cena en la que él se iba a

ofrecer como pan y vino. Ni tampoco lo hace él, lo que significa que no es necesario someterse a ningún ritual de purificación. Escribe el evangelista que durante la cena Jesús la interrumpe y se pone a lavar los pies a sus discípulos. Esto indica que es la participación en la cena la que purifica al discípulo, y no al revés. Se trata de un horizonte del todo nuevo. Pensad cuántas personas han sido consideradas en el pasado y aún son consideradas alejadas del Señor debido a una falsa comprensión de su mensaje y a una inexacta lectura de su enseñanza. El Señor – y éste es el núcleo, podríamos decir, de todo el Evangelio – no se ofrece como un premio por la buena conducta, sino como un regalo. Si el Señor se entregara a sí mismo como un premio querría decir que quien lo recibe ha realizado algo para merecerlo. No, Jesús no se ofrece como un premio, sino como regalo. El regalo no depende de los méritos del que lo recibe, sino de la voluntad del donante. Jesús dice, pues “vosotros ya estáis limpios”, y se refiere a una pureza inicial que es debida a este mensaje mismo: que Dios se hace amor y se pone al servicio de los hombres.

A continuación, Jesús emplea un verbo muy importante, que aparece unas diez veces, el verbo “permanecer”, es decir, “habitar”. “Permaneced en mí y yo en vosotros”. Es algo inaudito lo que Jesús está diciendo y resulta de difícil comprensión. Jesús, que es Dios, no es una realidad externa al hombre hacia la cual el hombre deba orientar su existencia, sino una realidad interior. El Dios de Jesús pide ser acogido en nuestra vida para fusionarse con nosotros y dilatar así nuestra capacidad de amor. En la medida en que aumenta nuestro amor más nos concede esa energía que dilata nuestra capacidad de amar.

Ya no existe, pues, un santuario en el que encontrar a Dios; el hombre es el único verdadero santuario donde tiene lugar, donde se realiza el amor de Dios. Pero estos párrafos de Juan no han sido bien interpretados, sino mistificados. Hay una expresión en nuestros días que se usa en las esquelas funerarias en referencia a un difunto y dice, si se trataba de una persona pía, religiosa, “ha vuelto a la casa del Padre”. Pero ésta es una expresión ambigua y que se presta a malas interpretaciones: si “regresa” quiere decir que previamente “había venido”, y además, ¿dónde está esa supuesta “casa del Padre”? Esto no es más que una mistificación del mensaje de Jesús. En realidad, nosotros no vamos a la casa del Padre, es Él quien viene a habitar en nosotros. Nosotros somos la casa de Dios. No tenemos que ir a la casa de Dios para

nada. Cuando el evangelista Juan dice en el capítulo 14 “en la casa de mi Padre hay muchas moradas y voy a prepararos un lugar”, no está diciendo que va a preparar las estancias o habitaciones para nosotros, dice, antes bien, que a través de su muerte y del don del Espíritu nos hará a todos capaces de convertirnos en la casa de Dios.

Y ¿por qué se habla de muchas moradas? Porque Dios es inmenso. Dios no se puede manifestar en una sola persona; es en el conjunto de las personas donde se manifiesta la realidad de Dios. ¡Nosotros somos la casa de Dios, no existen casas de Dios a las que encaminarnos! Dios viene a nosotros, y esto supone una transformación radical del horizonte de comprensión de la fe. Y podemos empezar a comprender por qué acabaron con la vida de Jesús, ya que lo que él proponía llevaba consigo el declive de la institución religiosa.

La institución religiosa había conseguido separar a Dios de los hombres, haciéndoles creer que para dirigirse a Dios tenían necesidad de toda una serie de elementos de mediación: como, por ejemplo, un grupo especial de personas, los sacerdotes que eran los mediadores entre Dios y ellos, y otras cosas, como un templo en el que rendir culto, días particulares de culto, rituales como la liturgia, etc. Pero si resulta que Dios no es un ser externo al hombre, sino que desea habitar en cada uno de nosotros todas estas mediaciones se vienen abajo una tras otra. Sacerdotes, templos, ritos pierden su pretendido valor absoluto. Cada uno de nosotros pasamos a ser el único verdadero santuario desde el que se irradia el amor de Dios. Y, a diferencia del antiguo santuario construido por la religión, ahora todas las personas pueden acceder sin ninguna condición en absoluto. Antes había personas que tenían prohibido el acceso debido a circunstancias morales o religiosas. Ahora, en cambio, el santuario no espera impasible que las personas se le acerquen: es él el que se pone en camino hacia los excluidos de la religión. Ésta es la tarea de la comunidad cristiana: encaminarse hacia los hambrientos y sedientos de esta vida divina

Y sigue diciendo Jesús: “como el sarmiento no produce fruto por sí mismo si no permanece unido a la vid, del mismo modo sucede con vosotros si no permanecéis en mí”. Es necesario que este flujo continuo de linfa vital que fluye en nuestra vida desde Jesús no conozca interrupciones, ya que toda interrupción amenaza con bloquearlo o disminuirlo.

Seguidamente “yo soy”, repite Jesús reivindicando de nuevo el nombre divino, “la vid y vosotros los sarmientos, quien permanece en mí y yo en él, produce mucho fruto”. Esta es la verdadera fecundidad: producir mucho fruto, pero no es solo consecuencia de nuestro esfuerzo. Es una colaboración a varias bandas: ante todo, Jesús nos comunica su linfa, el Padre por su parte atentamente elimina aquello que impide producir frutos, y nosotros recibimos la linfa felices de poder producir fruto, sabedores además de que la siguiente vez este fruto traerá consigo nuevas capacidades de amar todavía de forma creciente. Es ésta la fecundidad y la vida del creyente.

“Porque sin mí”, añade Jesús, “no podéis hacer nada”. Y aquí Jesús hace referencia al famoso texto del profeta Ezequiel. Dice Jesús “quien no permanece en mí es arrancado y expulsado como el sarmiento y se seca, y después lo recogen para echarlo al fuego y quemarlo”. Podemos preguntarnos por qué razón Jesús, habiendo numerosos árboles entre los que elegir, escoge precisamente la vid para ilustrar el ejemplo de la linfa que fluye entre las ramas y produce fruto. Sin duda alguna, porque la imagen de la vid representaba al pueblo de Israel, pero además porque la vid es el único árbol frutal cuya madera no sirve absolutamente para nada. Dice, de hecho, el profeta Ezequiel: *“¿en qué vale más el leño de la vid que el leño de cualquier rama que haya entre los árboles del bosque?, ¿se toma de él madera para hacer alguna cosa?, ¿se hace con él un gancho para colgar algún objeto? No, se tira al fuego para que lo devore. Si ya, cuando estaba intacto, no se podía hacer nada con él, ¡cuánto menos, cuando lo ha devorado el fuego y lo ha quemado, se podrá hacer con él alguna cosa!* (15,1-5) No servía absolutamente para nada. Ni tan siquiera sus cenizas tenían valor para el lavado de las ropas ya que dejaban manchas indelebles.

Su única utilidad, por tanto, era sostener los sarmientos, producir frutos. Así pues, o produce frutos o resulta ser completamente inútil. Jesús está indicando, pues, que en nuestra existencia o bien producimos frutos o bien somos personas áridas, secas, inútiles, carentes de Espíritu y somos eliminados. Y promete Jesús: “si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os dará”. Es sorprendente la capacidad que tenemos las personas de seleccionar la parte que más nos interesa del mensaje de Jesús y de olvidar aquellos otros elementos más exigentes y costosos. Cuando se le pregunta a alguien cuál es la enseñanza de Jesús en torno a la

oración, todos saben responder “pedid y se os dará”, pero a menudo olvidamos las condiciones para que esto se realice. Jesús promete escuchar, pero la condición es “si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros”. Tal vez por esto muchas personas no obtienen lo que piden en sus plegarias: se trata de permanecer adheridos a esta linfa vital, y esto supone un compromiso de obras que comunican vida sin excluir a nadie del rayo de acción. Y Jesús promete que les será dado porque el Padre ve en estas personas unidas a Jesús la prolongación de la acción de su Hijo, y el Padre colabora con el Hijo para que produzca más frutos.

Dice ahora Jesús: “en esto es glorificado el Padre mío”. También aquí ha habido muchas malas interpretaciones: por la mayor gloria de Dios se han construido catedrales cada vez más ambiciosas y lujosas, se han cumplido acciones brutales, se ha asesinado a las personas. ¿Cómo se ha podido llegar a traicionar de este modo las palabras de Jesús? Jesús hablaba del fruto: el Padre es glorificado cuando se produce mucho fruto. “Glorificar” significa “manifestar visiblemente”. ¿Dónde se manifiesta Dios visiblemente? Allí donde hay un crecimiento desbordante de amor: allí se manifiesta Dios, no en el lujo ni en la grandeza, que son proyecciones de las ambiciones y frustraciones de los seres humanos.

“Y así seréis mis discípulos. Como el Padre me ha amado a mí”, el Padre ha amado a Jesús a través del don del Espíritu, “así os he mostrado mi amor. Permaneced en mi amor”. Jesús nos invita a una identidad y comunión con Dios que produce una verdadera fusión con la divinidad. Dios se ha hecho hombre para que el hombre llegue a ser Dios.

Ya no se trata de encaminar la propia vida hacia Dios, se trata de ir hacia los demás con Dios y como Dios. Así pues, se nos invita a permanecer en este amor no de forma contemplativa, sino de manera dinámica, dirigiéndonos hacia los otros. Y aquí dice Jesús: “Si observáis mis preceptos”. Pero, ¿cuáles son los mandatos de Jesús?, ¿por qué habla Jesús de observar sus mandamientos? En el transcurso de la Última Cena, en el capítulo 13 de Juan, Jesús ha dicho: “Os doy un mandamiento nuevo”, uno. ¿Por qué, entonces, habla ahora en plural? Ante todo, veamos qué es lo que Jesús nos deja, y surge en seguida la constatación de que no nos deja un nuevo mandamiento, sino un mandamiento nuevo, que no es lo mismo.

El término “nuevo” en la lengua griega se expresa de dos formas: una que indica algo que es añadido en el tiempo, algo que aparece por primera vez. Después hay otro término que es “kairos”, que no tiene connotación temporal: indica una cualidad mejor que sustituye a todo el resto. Por eso Jesús no dice “os dejo un nuevo mandamiento”, a añadir a los de Moisés, sino “os dejo un mandamiento nuevo”, o sea, mejor que los anteriores y que, por eso, los eclipsa por completo. ¿De qué está hablando Jesús? “Amaos unos a otros como yo os he amado”.

Pero esto resulta sorprendente. ¿Cómo puede Jesús ordenar la única cosa que no es posible ordenar al ser humano? Los hombres pueden mandar cualquier cosa: obedecer, servir, actuar de cierto modo, pero no pueden ordenar amar, por que es un hecho interior. Uno se verá forzado a obedecer órdenes, actuará como se le mande, pero en su interior odiará y sentirá repulsa hacia quien le obliga. ¿Por qué, pues, Jesús pide amar y dice que esto es un mandamiento? No tanto porque se trate de un mandamiento estrictamente hablando, sino para sustituirlo y anteponerlo a los diez mandamientos de Moisés. En la comunidad de Jesús existe un único mandato que por su cualidad eclipsa y sustituye a todos los demás.

Pero ¿por qué habla Jesús en plural de “sus mandamientos”? Jesús no enumera distintos mandatos, existe uno solo: “amaos entre vosotros” – hay que notar aquí que Jesús no dice “como yo os amaré”, en referencia al amor definitivo de la cruz, sino “como yo os he amado”. Y ¿cómo les amó? Lavándoles los pies, o sea, poniéndose a su servicio. El amor que se hace servicio en todas sus formas y las traducciones prácticas de este único mandamiento constituyen la norma única de Jesús y tienen categoría de mandamientos. Por esa razón no los enumera Jesús, porque son todas las acciones que tienen su origen en este único mandamiento.

“Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno”. He aquí la voluntad de Dios. En el pasado, desafortunadamente, debido a deformaciones del mensaje de Jesús, la palabra “Dios” ha estado más asociada al dolor que a la felicidad. Algunos teólogos, si se les despoja de la idea de dolor, sufrimiento y disgusto, ya no saben cómo hablar de Dios. En la entrada de esta sala he visto una inscripción con una hermosa frase del conocido teólogo Karl Barth, que dice “un

teólogo sin alegría no es un verdadero teólogo”. Bien, del Evangelio aprendemos que la alegría, el gozo, la felicidad del hombre tiene mucho que ver con la voluntad de Dios, quien desea que el hombre desborde en su gozo. Pero se refiere a un gozo especial, que no se obtiene con medios humanos: está hablando de “su alegría”, la de Dios. Y este gozo ha de ser pleno, ha de derramarse para ser comunicado también a otros.

Con términos un tanto simplistas pero reales podemos decir que el encuentro con el Señor ha de hacernos más felices de estar en el mundo y que lo único que el Señor nos pide es que hagamos que cada persona se sienta aun más feliz de estar en este mundo. Por esto, no el sufrimiento, ni la penitencia, ni la mortificación, todas son palabras que no pertenecen al vocabulario de Jesús, sino ¡la alegría! No tiene sentido ser seguidor de Jesús y vivir con semblantes sombríos, figuras tétricas. Si una persona es tétrica, sea quien sea, quiere decir que no ha sido rozada en absoluto por la Buena Noticia de Jesús.

Como conclusión de toda esta enseñanza Jesús afirma que “os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros” ¿Por qué hace esta afirmación? Porque ha resuelto el problema con Dios. La religión hacía que el hombre siempre se sintiera en culpa en relación con Dios. Era un Dios inflexible, irascible, que cargaba a la persona con una ristra de reglas y preceptos a observar que por mucho que la persona lo intentase, nunca lo conseguía: siempre había algún fallo, alguna imperfección, por lo que uno se sentía culpable y con un fuerte sentimiento de indignidad. La religión entristece a las personas con su carga de leyes y prescripciones, porque la persona nunca está a la altura del Señor, siempre le falta algo.

Con Jesús, en la fe, el hombre alcanza la plenitud de la felicidad. Jesús nos invita a no preocuparnos de nuestros problemas o defectos, solo hemos de amar a los demás. Del resto se ocupa el Padre celestial. Hay personas que se han pasado la vida con sentimientos de culpa debido a ciertas normas religiosas, personas que se han sentido machacadas, que han sofocado la propia afectividad por interpretaciones erróneas del mensaje de Jesús. Pues bien, cuando descubren que la voluntad de Dios es que sean felices se sienten renacer. Es así, porque la Palabra del Señor puede realizar milagros. La alegría nace del hecho de sentirse amados y aceptados tal como son, no como ellos

quisieran ser, ni tampoco como los demás quieren que sean. Es un amor que no requiere méritos, es un regalo gratuito del Señor.

Y para concluir, Jesús afirma: “éste es el mandamiento mío” – y lo subraya con fuerza para que no queden dudas – “mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado”. El gozo de sentirse amados por Jesús conduce a los discípulos a ponerse al servicio de los demás, y de aquí surge la relación nueva, inaudita, que Jesús – que es Dios – desea establecer con nosotros: “nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando”. Y después añade “no os llamo siervos, sino amigos”. “Amistad”, ésta es la relación que Jesús quiere que mantengamos con él. ¡Amistad!, no un respeto obsequioso hacia la divinidad, no. Se habla de amistad sin cortapisas ni restricciones de ningún tipo.

Y la amistad presupone una paridad, una relación de tú a tú. Podemos comprobar si nuestra relación con Jesús es de amistad sobre todo en los momentos oscuros, cuando cometemos algún fallo, incurrimos en alguna culpa, etc. Cuando cometemos un error con un amigo, si éste es un amigo de verdad, ni siquiera espera que nosotros vayamos a pedirle disculpas. Él es el primero que no puede soportar que surjan esas fisuras en la relación y pronto vendrá a quitar hierro al asunto y a recomponer la relación. En cambio, en la relación con Jesús nos hemos inventado demasiadas historias por haber pecado o cometido una culpa. Quiere decir que la relación de amistad no existía de verdad. La amistad hace serena y rica la vida del creyente. Ante el amigo podemos presentarnos sin máscaras, tal como somos porque el amigo nos acepta así como somos.

En Dios, como sabéis, se dan los dos aspectos de la paternidad y de la maternidad. ¿Cuáles son las características de ambos? El padre desea que el hijo sea similar a él, y por eso estimula el crecimiento del hijo; la madre es el amor incondicionado que acepta al hijo tal y como es. En Dios ambos aspectos se hallan en perfecto equilibrio entre sí: el Padre nos estimula a asemejarnos a Él en el amor, pero a la vez nos acepta de forma incondicionada tal y como somos.

El problema surge cuando prevalece uno de los dos aspectos. Si prevalece el elemento de la paternidad, esto crearía ansia, angustia por no estar a la altura de las expectativas del Padre; pero si prevalece el aspecto materno, esto nos llevaría hacia una

especie de laxismo, desinterés y falta de motivación. Nosotros, por consiguiente, tenemos una certeza: somos amados y aceptados tal como somos, y, al mismo tiempo, se nos estimula a ser como el Padre. Ser como el Padre no significa más que vivir un amor incondicionado del cual nadie queda excluido. Pero esto lo pueden comprender solamente aquellos que han sufrido la exclusión. Es difícil que una persona religiosa pueda comprender esto. Una persona pía y observante difícilmente se abre al mensaje de Jesús, de hecho, los observantes eran los más hostiles contra él, tanto que su mensaje fue acogido por los excluidos de la religión.

Solamente las personas que han vivido en propia carne lo que significa sentirse excluidos de Dios serán incapaces de excluir a nadie de su existencia, porque la alegría que experimentan al encontrar a Jesús y comprender que ellos mismos no son excluidos de nada es tan incontenible que les impulsa a comunicar esta buena noticia a todos sin excepción.

**Pregunta:** Esto que has dicho sobre Jesús lo he visto en mi vida y en la de muchas personas, porque después de muchos años de formar parte como catequista en un grupo bastante fundamentalista de la Iglesia he visto en torno a mí muchas personas seriamente destrozadas por estas cosas. He visto cómo les afectaba el miedo a desprenderse de sus seguridades. Mi pregunta es ésta: sabemos que Jesús estaba de parte de los rechazados, de los últimos, de los excluidos. Ahora, en nuestros días, Jesús debería estar de parte de los homosexuales, de los clandestinos, pero sin embargo no se escucha una voz fuerte de la Iglesia en este sentido. A veces se habla de ello, pero con tonos débiles y poco convincentes. Nos sentimos oprimidos por este conservadurismo que, en vez de disminuir, parece aumentar cada vez más. ¿Cómo es posible que suceda esto?

**Respuesta:** Yo suelo pensar que cuando la sagrada familia huyó de Palestina porque el rey Herodes quería matar al niño, y se marchó a tierra extranjera, a la tierra de Egipto tuvieron la fortuna de encontrar a los egipcios y no a nuestros legisladores católicos de pura cepa porque les habrían rechazado. Una familia irregular, en la que el marido de la mujer no era el padre del hijo..., sin trabajo, sin medios económicos, es evidente que existían todas las condiciones para justificar un rechazo frontal. Menos mal que los paganos egipcios eran más humanos que nuestros legisladores ultra católicos. Es una

vergüenza lo que está sucediendo en Italia con los marginados de la sociedad, y una vergüenza también el silencio de la Iglesia al respecto.

Hay palabras de Jesús que no pueden ser puestas entre paréntesis, que no pueden ser traicionadas ni suprimidas y que ninguna ley del mundo podrá nunca sepultar: “Yo era extranjero y me hospedasteis”, sin condición alguna, dice Jesús. Es necesario dar alas a la voz de la iglesia del pueblo, que es más potente y eficaz que la voz de la iglesia jerárquica, porque es la voz profética del Espíritu. No podemos admitir que el Evangelio de Jesús sea traicionado con normas, leyes, que se le oponen radicalmente. Hemos de alzar nuestra voz.